

# BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

## DE TOLEDO.

### PARTE NO OFICIAL.

Continuacion de la pastoral del Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona. inserta en el número anterior.

Oidlo, reyes, y entended: sirvaos de leccion á vosotros los que juzgais la tierra: *Servite Domino in timore*: servid á Dios en susanto temor. Este debe ser el punto de partida, este es el axioma que á todos debè servir de regla, á los que mandan y á los que obedecen, á los que gozan y á los que sufren, á los que abundan en bienes de fortuna y á los que vegetan en la escasez ó en la indigencia; porque no hay mas que un camino para llegar á la verdadera felicidad, el respeto y el temor de Dios, y la fiel observancia de sus preceptos. Bienaventurado el pueblo, habia dicho el Profeta, que mira á Dios como á su Señor: *Beatus populus, cujus Dominus Deus ejus*.

Ricos, poderosos, afortunados del siglo, ¿os creéis seguros en la posesion de vuestros palacios, en el goce de vuestras riquezas, en la insultante profusion de vuestro lujo, si desaparece de la tierra la idea de Dios, y la Religion deja de protejereros con la égida de su influencia salvadora? Vuestro orgullo sublevará á las masas descreidas: vuestros festines irritarán el apetito de las turbas desnudas y hambrientas; y

ni las leyes, ni los tribunales, ni los patibulos, ni los ejércitos serán bastantes á contener los arranques de la multitud desenfadada. cuando haya vibrado á sus oidos la fatídica expresion de aquel funesto publicista; *Pueblo, acuérdate que eres cincuenta contra uno*; si la brisa suave de la Religion no viene á templar el furor de sus pasiones, poniéndole á Dios por delante, y enseñándole el cielo como último término de sus aspiraciones.

Pobres, menesterosos, clases humildes de la sociedad, á quienes con halagüeños sistemas han pretendido azuzar contra los ricos los falsos apóstoles de la humanidad, ¿creéis que seriais mas ricos y mas felices, si un dia llegasen á producir su completo efecto las escitaciones de los constantes enemigos del orden y de la sociedad? Dad que un dia triunfe ese socialismo, sueño dorado de los modernos utopistas. Despojad á los ricos, anonadadlos, estableced una perfecta igualdad de fortunas. El triunfo es de un dia: ¿quién os garantiza para el siguiente la posesion de la parte que os haya cabido en el despojo, contra la rapacidad del vecino que se cree mas fuerte y con mas puños, y cuyas necesidades no estan satisfechas con la porcion que le ha tocado? ¿quién pone á salvo el honor de vuestra mujer contra la desenfadada lascivia de un rival astuto ó bastante diestro para captarse las simpatías de vuestra com-

pañera? ¿quién se encarga de la educación de vuestros hijos, mientras vosotros teneis que andar atareados procurando el sustento? ¿quién os recoge á vosotros mismos el día que, á consecuencia de los años ó de los achaques, quedeis inutilizados para el trabajo, y se haya disipado la pequeña porción de bienes que os habia tocado? El alma se estremece á la simple idea del abismo de males que envolverian á la sociedad, si por un solo día pudiesen triunfar los funestos sistemas que los modernos utopistas pretenden sustituir al Evangelio. No hay que dudarlo: la anarquía sería completa, el desquiciamiento universal.

Afortunadamente, para nuestro consuelo y para bien de la humanidad, las ideas religiosas van recobrando su imperio, y va reconociéndose que así como las cosas que son de Dios proceden con orden, según el lenguaje del Apóstol, así nada puede estar en orden sino lo que es Dios ó se funda en Dios. En las pocas semanas que han trascurrido desde que nos hallamos entre vosotros, hemos podido convencernos de que se halla aun profundamente arraigado en vuestros corazones el sentimiento religioso, y que las revoluciones y los trastornos políticos y sociales que con tanta frecuencia se han sucedido de veinte y cinco años á esta parte, no han podido sofocar el germen de piedad que desde los Raimundos y Berengueres venian enalteciendo esta hermosa ciudad de los Condes. La benevolencia con que nos habeis recibido, las muestras de respeto de que nos habeis rodeado, el amor y cariño que nos habeis manifestado en todas partes, serian ya para nosotros un motivo de satisfaccion y de eterno reconocimiento, si no se dirigiesen mas que á nuestra humilde persona: pero cuando consideramos que no es nuestra pobre persona á quien honrais y venerais, sino la de aquel que nos envia y á quien, aunque indignamente, representamos; cuando vemos que vuestros obsequios se dirigen mas

alto, que se dirigen á la dignidad, que se dirigen á la Religion de que no somos mas que simples ministros, nuestro gozo sube de todo punto, nuestro agradecimiento no tiene límites, y nos sentimos muy animados, porque vemos que no venimos á cultivar una tierra ingrata de la que no puede esperarse mas que espinos y zarzales, sino que venimos á trabajar un campo feraz que nos producirá frutos centuplicados de caridad y de buenas obras.

(Se continuará.)

### BENDICION A LA INOCENCIA.

«Cuando las pasiones políticas tanto agitan los corazones y perturban las sociedades; cuando parece que el hombre se ha olvidado de las hermosas y de las tremendas verdades del cristianismo; pues solo se fatiga en pos de las groseras especulaciones de la materia, es bello y satisfactorio el espectáculo de una niñez postrada ante el altar de María, interesándola á que mire con benignidad sus tiernas frentes, y que las ilumine y guie en la tempestuosa carrera de la vida.

»Este espectáculo lo dan algunos colegios de educación de señoritas, y tambien los de segunda enseñanza de Barcelona, siendo, entre los primeros, uno de los que mas se distinguen por el fervor de sus educandas el de Jesus, María y José, dirigido por las hermanas Vilarrasa.

»Entre los segundos, asistimos todos los días á las funciones que dedican en este mes de mayo á la Inmaculada los alumnos internos del colegio de San Buenaventura, cuya dirección viene, desde doce años de existencia, á cargo del Rdo. Dr. D. Francisco de Asís Mes- tres.

»¡Cuán elocuente es la piedad ejercida por la infancia y adolescencia!

»¡Oh! Derrame, sí, María sobre

sus tiernos corazones todas las gracias que le piden, y concédales lo que le ruegan, cantándole el siguiente.

## HIMNO (1).

*Salve, Virgen, fragante azucena  
Del celeste florido pensil;  
Sin mancilla radias serena,  
Mas brillante que estrella en zenit.*

## I.

Emboscada la sierpe precita  
Del Eden en la bella enramada,  
Nuestra raza tentó ¡desgraciada!  
Sucumbiendo á su trama infernal.

Mas ¡oh, Reina! tu gracia divina  
Quebrantó de Satan la fiereza,  
Aplastando su inmunda cabeza  
Bajo el peso de tu carcañal.

## II.

Desde entonces, Purísima aurora,  
Percibimos tu luz de bonanza.  
Que, entre el llanto, con dulce esperanza  
Principió el corazón á latir.

Y brotó del profundo del pecho  
Un hosanna inmortal, dilatado,  
Una prez, un suspiro sagrado,  
Gratitud inefable, sin fin.

## III.

Madre escelsa, ¡quién diera á mi labio  
Raudal santo de hermosas dicciones,  
Y cantar tus bondades y dones  
Cual los canta el gran Rey Salomon!

Tu cariño, clemencia y ternura  
Nó los mide, ni puede, mi mente;  
Solo el alma abrumada los siente,  
Incapaz de espresar su valor.

## IV.

Cuando ruge en el mar la tormenta  
O en la tierra los campos devasta,  
Tu mirada potente contrasta  
Los furoros del rónico huracan.

Y el contagio que diezma la vida,  
Y enlutece las grandes ciudades,  
A tu voz, á tus dulces piedades,  
Tambien para su curso fatal.

(1) Fue puesto en música por D. Francisco Bellapart; alumno del mismo.

## V.

Salve, salve, los hombres te claman,  
Poseidos de inmensa amargura,  
Y torrentes de paz y dulzura  
Ya circuyen su fiel corazón.

Las doncellas, el niño, el anciano,  
En cien trances de angustia y de duelo,  
De tu mano reciben consuelo,  
De tu mano seguro favor.

## VI.

Ea, pues, Virgen pura, tus ojos  
En nosotros estiende amorosa,  
Nuestra frente bendice piadosa,  
Somos niños de endeble poder.

Niños, Madre de amor, Iris bello,  
Que te quieren mostrar su terneza,  
Que te quieren servir sin tibieza,  
Que te quieren honrar con leal fé.

## VII.

Danos, pues, Reina pura, un tesoro,  
Un tesoro de santos amores,  
Y nosotros darémoste flores  
De modestia y candor virginal.

Tejeremos guirnaldas de aromas,  
Y ornaremos despues tus altares,  
Y tus glorias, con nuestros cantares,  
Benedicidas, do quier sonarán.

*Salve, Virgen, fragante azucena  
Del celeste florido pensil;  
Sin mancilla radias serena,  
Mas brillante que estrella en zenit.*

JOSÉ GRAS Y GRANOLLERS.»

(La Regeneracion.)

CONFERENCIAS PREDICADAS EN NUESTRA SE-  
ÑORA DE PARIS, POR EL PADRE FELIX, JE-  
SUITA, EN LA CUARESMA DEL PRESENTE  
AÑO DE 1858.

**Conferencia I.**

NECESIDAD DE SER SANTO.

## I.

*Eminentísimo Señor.*

Al encontrarnos por primera vez

bajo la mirada de Dios y la vuestra en medio de esta gran familia cristiana, privada desde el año último, por una desgracia sin igual, de su mas bello ornamento, experimentamos á la vez un gran dolor y una gran alegría; un gran dolor buscando en nuestros recuerdos al padre que hemos perdido, una gran alegría fijando nuestros ojos en el padre que hemos encontrado. El auditorio de *Nuestra Señora*, manifiesta una visible emocion viendods traer en medio de nosotros con el esplendor de vuestra grandeza ese raro conjunto de las mayores dignidades enaltecidas por el brillo de la purpura romana; y parece que siente recaer en él mismo un reflejo de esas dignidades con que Dios y los hombres se complacen en coronar vuestro mérito y vuestra humildad.

Pero lo que nós conmueve mas que todas estas grandezas es encontrar en vos, lo que es mucho mas grande aún; al hombre de Dios, al hombre apóstol, al hombre valeroso, al hombre desprendido que doblandose bajo los honores que le imponen á un mismo tiempo las voluntades del cielo y de la tierra, ha jurado, y lo sé muy bien, á los pies de Jesucristo, elevar su abnegacion á la altura de sus honores; al hombre, en fin, que en las situaciones peligrosas que la Providencia pudiera permitir, sabria cubrirse tambien con una púrpura mucho mas gloriosa que la que os decora como principe de la Iglesia.

Vuestro ilustre predecesor, Señor Eminentísimo, cuya memoria es para nosotros tan fecunda en veneracion como en lágrimas, dió hace dos años su bendicion con su corazon y con su mano á la predicacion de un asunto que parecia el mas acomodado á las circunstancias de nuestros tiempos. Gran apoyo para mi debilidad es saber que vuestras simpatías corresponden á las suyas, y recibir con vuestra bendicion, á pesar de mi gran indignidad, una mision nueva para la continuacion de un apostolado inaugurado con las bendiciones de otro.

Despues de haber fijado á la doctrina del progreso sus dos bases fundamentales por el dogma del origen y el dogma del fin, el punto de partida y el punto de arribada, hemos conseguido, mostrando las vias que conducen del uno al otro, disipar las sombras que en estos dias de oscuridad envuelven á esta verdad sencilla y luminosa, á saber; que el verdadero progreso humano consiste en el perfeccionamiento de los hombres.

Investigando despues cual es en la humanidad, y especialmente en nuestro siglo, el obstáculo mas fuerte y mas universal al perfeccionamiento de los hombres, hemos pronunciado esta palabra que reasumia nuestras últimas conferencias: la concupiscencia; la concupiscencia ó el amor dirigido contra su fin, engendrando por esta separacion radical al orgullo, al sensualismo, al lujo y á la codicia. Desde entonces el torrente de la concupiscencia no se ha remontado á su origen y ha continuado rodando, llevando en su curso errores, corrupciones y crímenes. Este mal siempre vivo en el fondo de nuestro siglo, se revela de tiempo en tiempo por golpes que abren las entrañas de la sociedad, y por luces siniestras que iluminan nuestros abismos.

A vista de esta situacion bendigo á Dios que me comunicó el pensamiento de mostraros todo el mal de nuestros dias reasumido en estas palabras: Concupiscencia, obstáculo á nuestro progreso, causa de nuestra decadencia moral.

Pero no es posible, señores, que nos detengamos allí. Despues de haber dicho cual es el mal, es necesario decir cual es el remedio; y contra ese desbordamiento de la concupiscencia que detiene el progreso y acelera la decadencia, necesaria es una reaccion eficaz. Restános, pues, abordar la cuestion mas grave. Se trata de saber quien tiene el poder de realizar el progreso moral por el perfeccionamiento de los hombres, y cual es la fuerza que

sustituída á la concupiscencia, principio de todas nuestras degradaciones, ponga en el fondo del alma humana el principio de todos nuestros progresos. ¿Existe ese poder que realiza el progreso moral? ¿Quién puede darnos esa fuerza capaz de destruir los obstáculos á todos nuestros legítimos progresos, por medio de una reaccion eficaz?

Aquí, señores, me considero feliz al pronunciar ante vosotros el nombre mas dulce para mis labios y mas amado por mi corazón: Jesucristo! Hasta aquí hemos trazado las grandes líneas del asunto, y si así puedo decirlo, hemos preparado el terreno; tratase ya de construir; y mi ambición es hacer estribar sobre Jesucristo, Señor Nuestro, todo el edificio del progreso. Esta es mi convicción de hombre, esta es mi fé de cristiano. Todo el que busque otro fundamento al progreso de la humanidad, no logrará otra cosa que prepararla á sí mismos. El progreso moral es en este edificio la primera base necesaria para el sostenimiento del conjunto, es el primer trabajo que desde luego voy á demostraros realizado por Jesucristo y el verdadero cristianismo.

Tal es el terreno firme y eminentemente cristiano sobre que estriba en el presente año la predicación en *Notre Dame* y puede reasumirse en estos sencillos terminos: Reaccion contra la concupiscencia, obstáculo al progreso moral; á la que solo puede llegarse por medio de la santidad cristiana, causa de nuestro progreso moral. Despues llegaré á otros horizontes que me abre este asunto, pero antes de ir mas lejos necesito hacer alto aquí, por que es necesario que comprendais bien que si Jesucristo encamina á la humanidad por las vias de todos sus verdaderos progresos, es por la soberana razon de que por medio de la santidad realiza en los hombres la perfección moral y el mas encumbrado poder.

El cristianismo produce santos, y los santos hacen el verdadero progreso del mundo.

Me contento hoy con establecer esta verdad general y preliminar, que debe esclarecer los discursos siguientes: *El cristianismo produce Santos y es la santidad misma.* Debo limitarme ahora á definir la santidad en sus relaciones con el progreso moral. La santidad considerada bajo este punto de vista puede definirse así: es la perfección humana elevada á un grado superior. Cualquiera que sea su causa eficaz y la última palabra de su naturaleza íntima, la santidad en sus relaciones con el progreso moral es una perfección humana eminente.

La santidad así comprendida es inherente al verdadero cristianismo, es el mismo cristianismo visto bajo todos sus grandes aspectos. La santidad es el ideal del cristianismo, la santidad es la vida cristiana del cristianismo, la santidad es la historia misma del cristianismo.

## II.

Todo el que aspire á alcanzar una perfección y á realizar un progreso, debe ante todo formarse un ideal, es decir, la idea misma de la perfección porque anhela. El artista tiene un ideal, el orador tiene un ideal, todo hombre; en fin, que obrando con inteligencia, con amor y libertad quiere crearse alguna cosa, se propone un ideal, y su obra será tanto mas perfecta cuanto mejor le reproduzca en sus actos. El cristianismo tiene tambien un ideal que debe seguir y cuya realizacion da la medida de su cristianismo; y será tanto mas cristiano cuanto mas y mejor se aproxime á su imagen. ¿Cual es este ideal? Es la santidad en persona, es el Verbo encarnado, es el hombre Dios, es Jesucristo Señor nuestro. Todos los grandes maestros se han ensayado en pintar este ideal sobre el lienzo, en esculpirle sobre el mármol, en describirle con la palabra, sin que jamás hayan podido quedar satisfechos al contemplar sus obras maestras.

Efectivamente, esta figura del hombre Dios es tan grande y tan sencilla, tan dulce y tan firme, tan austera y tan serena, tan magestuosa y tan atractiva, en una palabra, tan divinamente armoniosa y tan divinamente bella, que todo cuanto el arte realiza mas perfecto y acabado cuando quiere pintar ó esculpir á Jesucristo deja al artista la invencible desesperacion de espresar jamas en toda su verdad divina y humana esta belleza imposible de ser espresada.

¡Oh belleza del hombre Dios! ¿Quién os ha visto en contemplacion bastante elevada, quién ha podido pintaros de tal modo en su alma, que hayan sacado un reflejo digno de vos ofreciendo á mis ojos una imagen vuestra en que mi alma pueda exclamar en sus éstasis y arrobamientos: ¡Es El! es la imagen del que yo amo, es el retrato de Jesucristo...!

Pues bien, lo que el pintor no puede trasladar al lienzo, el escultor al mármol, el poeta en sus cánticos, ni el orador en sus discursos, el cristiano tiene la vocacion de ofrecérselos en sus acciones. Si, yo cristiano yo tengo esta vocacion difícil pero sublime, hacer yo mismo de mí mismo un retrato de Jesucristo. Yo oigo, yo oigo á mi Maestro que me grita: sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial: hombres, imitad la perfeccion de Dios, porque la perfeccion de Dios soy yo mismo, yo, imagen de la sustancia del Padre, yo esplendor de su gloria; yo reflejo de todas sus perfecciones; yo la misma perfeccion divina que viene á vosotros bajo la forma humana; yo, en fin, á quien es preciso imitar si quierdes ser perfecto. Ved ahí, señores, ved ahí el ideal que como cristiano yo miro, saludo y debo imitar. Cualquiera que imagine ó imite á otro, es quizás un filósofo, un poeta, un artista, un hombre de genio, pero no es cristiano; no es hombre del cristianismo.

Nuestro ideal, es la perfeccion divina revelándose al alma del cristianis-

mo en el rayo caido sobre ella de la faz de Jesucristo; y el cristiano digno de su nombre, es un hombre que estampa en su corazon, en su alma, en su cuerpo, en su ser todo la marca de Jesucristo; el hombre que se hace cada vez mas á si mismo cuadro, estatua, efigie de Jesucristo y otro Jesucristo en fin.

¡Ah! cuan diferente es este ideal del que siguen y exaltan en nuestros dias hombres que se proclaman cristianos, y cuyo cristianismo no tiene nada de Jesucristo: nada mas que un simulacro de él mismo. Los racionalistas hablan en el siglo XIX de un ideal que es necesario seguir, y de un Cristo que es preciso imitar, pero ¡qué cristó y qué ideal! Un ideal vacio y un cristó imaginario. Un ideal frio como una sombra, un cristó abstracto como una idea, y uno y otro estériles como la muerte. considerados bajo el punto de vista de perfeccionamiento de los hombres y de la santidad verdadera. Estos hombres: cuyos discursos y cuyos libros hacer gemir á los cristianos, se consideran sin embargo como los mejores cristianos, y no están muy distantes de proclamarse santos; y á decir verdad, segun las nociones que se forman del cristianismo y de la santidad, no se les puede disputar el derecho de proclamarse tales. Su doctrina cristiana y su ciencia de santos es de una sencillez maravillosa. Ellos dicen en sustancia; aun en estos mismos términos....

«¿Amáis á lo que es bello? pues amáis á Jesucristo. ¿Adoráis á lo que es ideal y bello? pues adoráis á Jesucristo. Por qué se os acusa de faltar al cristianismo, vosotros sois los verdaderos cristianos. Dejad al cristiano de los tiempos pasados que adore á sus ídolos; vosotros cristianos de los tiempos futuros, adorad en verdad, vosotros solos habeis encontrado la religion del Cristo.»

Segun esta sencilla teoria del cristianismo y de la santidad, ya lo veis, todos nuestros literatos son santos; todos nuestros poetas son santos, todos nues-

tros artistas son santos, todos nuestros maestros de novela y de folleto son santos. Todos estos bienaventurados elegidos del pensamiento, del arte y de la literatura son incontestablemente santos. ¿No aman lo ideal? ¿No están consagrados por su genio á la adoracion de lo bello? ¿Y lo bello para ellos, no es el Cristo? ¿Y lo bello para ellos, no es el Cristo? ¿Y la adoracion de este Cristo no es para ellos toda su religion? Cristo encantador, que no exige á sus adoradores mas que flores de literatura, perfumes de poesia y el puro incienso de las bellas artes. Religion cómoda, en que el arte sustituye al culto, en que la literatura reemplaza á la virtud y en que el genio ocupa el lugar de la santidad: Cristianos verdaderamente nuevos cuya religion no es mas que dirigir una mirada hacia lo ideal, cuya esperanza no es mas que un sueño de gloria y cuyas adoraciones todas no son mas que prosternarse de rodillas ante la diosa *Popularidad*.

Señores, en la situacion grave á que nos ha conducido la degradacion de las costumbres y en la necesidad imperiosa que nos urge de conquistar virtudes y santidad, no es posible que tomemos por lo serio esta burla moral y religiosa que se reviste en medio de nosotros con la máscara de una gravedad socrática. Yo os pregunto ¿qué poder tiene bajo el punto de vista de la santidad verdadera y del perfeccionamiento moral de los hombres ese culto del ideal impersonal? ¿Basta para santificar á los filósofos cuyo sacerdocio se reservan, lo cual es permitido dudar? ¿Qué puede deducirse de aqui en favor de la moral del pueblo y del progreso general de la humanidad? Esa religion de lo ideal, que el pueblo no comprende y cuyo mismo nombre es un enigma para él ¿qué vigor puede tener para crear virtudes y producir la santidad en el seno de las muchedumbres? ¿En qué hogar doméstico habeis encontrado un padre, una madre un hijo, no diré santificado, pero ni aun moralizado por el po-

der de ese ideal abstracto y por la imitacion de ese Cristo metafísico. ¡Ah! lo que es poderoso, eficaz y fecundo para crear virtudes y producir Santos, es el ideal determinado, personal, vivo; ese es el que el cristianismo presenta hace diez y ocho siglos á las miradas de los hombres. El Verbo se ha hecho carne y habitó entre nosotros; y vedle ahí en su persona viviente ofreciendo á los pueblos que le miran, un modelo divino bajo una forma humana. Vedle ahí tocando por un lado á la divinidad por que él es el verdadero Dios; y por el otro á la humanidad porque es verdadero hombre. Ese modelo formado por sí mismo á nuestra propia semejanza para mejor hacernos á imagen suya; ese modelo que tiene un rostro para ser visto, y ojos para vernos; ese modelo que tiene un cuerpo como nuestro cuerpo, un alma como nuestra alma, un corazon como nuestro corazon, es un modelo que Dios ha hecho tan grande y ha colocado tan alto que la humanidad en todas partes ha podido verle é imitarle.

¡Oh! ¿habeis mirado esa gran figura del Cristo en su espléndida aureola? Miradla en medio de los siglos y en el centro de la historia. Las generaciones la descubren por do quiera, y descubriéndola se levantan para verla mejor, como el astro que se remonta en el horizonte de los pueblos. ¡Oh, cuán hermosa es esa figura del Hombre Dios! ¡Oh, cuán grande es esa figura del Hombre Dios! ¡Oh, cuán atractiva es esa figura del Hombre Dios! ¡Cuán radiante es su mirada para iluminar nuestras almas! ¡Cuán dulces sus rayos para encender nuestros corazones! ¡Cuán vivificante y fecundo el calor que esa luz nos comunica!

Mirad como las generaciones se recrean en contemplarla, y como contemplándola la aman, y como amándola la imitan. Ellas sienten que esa mirada del Cristo, que irradia sobre ellas, es verdaderamente su sol; sol que á la vez las comunica luz, calor y vida.

Ellas saben que pueden adorar sin idolatría á ese sol que ya no es solamente la obra de Dios, sino Dios mismo: y le adoran, y porque le adoran tienen necesidad de imitarle. Ellas sufren bajo su mirada la divina seducción de todas sus virtudes; ellas admiran su paciencia; ellas admiran su bondad; ellas admiran su humildad; ellas admiran su caridad; ellas admiran su sacrificio; ellas admiran su nacimiento; ellas admiran su vida; ellas admiran su muerte; y admirándole esclaman: «Ved ahí en el semblante del Cristo la perfección de «Dios; ese es nuestro modelo, nuestro «tipo, nuestro ideal: es necesario imitarle; Hijo de Dios es la imagen de la «sustancia del Padre: discipulos del «Cristo, nuestra perfección es la imagen de El mismo.» Cada uno dice al contemplarle: «yo le imitaré y si no «puedo reproducir en mí la perfección «de mi modelo, al menos reproduciré «algun destello suyo.» Yo, dice uno, imitaré su humildad. Yo, dice otro, imitaré su caridad. Yo, dice un tercero, imitaré su obediencia; y en tanto que cada uno se esfuerza para grabar en sí mismo algún destello emanado de su fisonomía, todos reciben, pero con diversa medida, la impresión del conjunto. Cada fracción de esta humanidad cristiana imita de una manera especial una faz de su Cristo, y todas le imitan, por que la primera ley de los cristianos es imitar á Jesucristo para hacerse á imagen suya.

Imitando á Jesucristo, los cristianos se hacen Santos á la medida de su imitación; Jesucristo grabándose por sí mismo en los que le contemplan, adoran é imitan, graba en ellos la imagen de la santidad, y la santidad misma; porque un hombre es tanto más cristiano cuanto más le imita y es tanto más santo cuanto más cristiano es.

Así se desembaraça de las oscuridades, que alteran en nuestro pensamiento la verdadera noción del cristianismo y de la santidad. El cristianismo es la imitación de Jesucristo, y la san-

tividad es el engrandecimiento de nuestro cristianismo, es decir, la misma imitación de Jesucristo en un grado muy superior. La santidad es la aristocracia del cristianismo; los Santos no son otra cosa más que los cristianos mejores; y para ser bien definido, el Santo es un gran cristiano; cristiano heroico que tiene el valor de llevar hasta el fin las consecuencias del Evangelio. Hay quien se deleita en hacer Santos á una clase de seres aparte, á una raza separada. á una especie de casta ascética investida de no sé que perfecciones inaccesibles al resto de los cristianos y que constituyen una excepción sublime en el cristianismo. Nada es más falso que esta idea de la santidad, verdadera estrategia de la naturaleza, á la que se invoca de muy buena gana para librarse del disgusto de ser santo; pero en esto hay un error que sirve de pretexto á una cobardía. En la vida de los Santos se encuentran ciertamente fenómenos prodigiosos. Dios los honra con una familiaridad que parece en algunas ocasiones separarlos de nosotros; sobre ellos deja caer efusiones de su amor, cuyo milagro nos asombra y ellos corresponden frecuentemente á estos dones de Dios con las inmolaciones de ellos mismos, que añaden á nuestra admiración, el espanto. Allí están, si quereis, las recompensas, los privilegios, los prodigios de su santidad; pero esto no es su santidad misma.

(Se continuará.)

---

## ANUNCIO.

---

Se vende una Concepción de Murillo, copia nueva cuyo cuadro original existe en el Real Museo de Madrid; su tamaño es de 3 pies 3 pulgadas de alto por 2 pies y 9 pulgadas de ancho, su precio es 280 rs. el que guste verla pasará á la librería de Fando calle Ancha, Toledo.

---

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,  
CALLE ANCHA NÚM. 34.